

Este ejemplar fue editado por el programa Leé Ciencia. Leé Futuro, una iniciativa del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de la Nación que se propone acercar lecturas de ciencia a niños, niñas, adolescentes y jóvenes como un modo de garantizar el acceso a la cultura científica.



El sueño de Yurumí

Esa tarde, Yurumí, el oso hormiguero, tuvo un sueño que le hubiera gustado que nunca se acabara. Pero lo peor fue que, cuando se despertó, el sueño no solo se había terminado sino que ya no lo recordaba.

Salió desesperado de su madriguera sin importarle que fuera de día. Como sus ojos eran pequeños y no tenía buena vista, trató de encontrarlo usando sus oídos. Escuchó algo parecido al sueño y corrió hasta allí, a pura velocidad. Cavó e introdujo su hocico alargado, pero el sueño no estaba enterrado.

—¡Quiero mi sueño! —gritó.

Los animales de la selva lo miraron sorprendidos. Yurumí era solitario y vivía de noche. Era raro que estuviera despierto a esas horas y, encima, que les hablara.

—¡Ayúdenme a encontrar mi sueño! —les pidió.

Muchos de los animales le tenían miedo. Los atemorizaban su aspecto y su carácter gruñón. Pero la mona aulladora, que era valiente, se le acercó.

—¿Cómo era su sueño? —le preguntó.

—Solo sé que era de color naranja y tenía una linda melodía, que me hacía mover y reír mucho —explicó.

—¿Reír? —preguntó, entrometido, el coatí—. Si usted nunca se ríe.

—Pero en el sueño sí me reía y a carcajadas, de la alegría ¿vivió?

—No se preocupe, vamos a encontrar su sueño —aulló la mona.

En la selva misionera todos los animales se ayudaban entre sí cuando tenían un problema, y decidieron que esta vez también auxiliarían a Yurumí.

La mona comenzó con la búsqueda. Saltó de rama en rama y se trepó a los árboles más altos, pero no logró divisar nada naranja. Desde ahí solo veía los colores de la selva: verdes, amarillos, marrones. Más allá, arriba, el cielo se divisaba un poco azul, algo celeste, en algunas zonas gris... pero no veía nada anaranjado. Y del sueño, ni noticias...

Luego, la mariposa planeó sobre cada flor y buscó dentro de ellas. Pero solo halló néctar dulce.

También la familia de tucanes desplegó sus alas y se alejó con su vuelo multicolor. Llegó tan alto que alcanzó el cielo y picoteó las nubes para localizar al sueño escondido. Pero tampoco estaba allí.

El colibrí con sus acrobacias aéreas, veloces y desesperadas, cruzó la pasarela llena de turistas y se arremolinó en las cataratas. Pero el sueño anaranjado tampoco estaba oculto en los surros del agua que caía, que se desplomaba, que burbujeaba.

Sin perder tiempo, el yacaré se zambulló en el río y buceó hasta las profundidades; la yarará se arrastró entre los troncos caídos, dejando su huella zigzagueante en la tierra colorada, y el coatí husmeó los arbustos. Pero ninguno encontró el sueño.

Entonces, Yurumí se puso a llorar y todos los animales —caminando, volando, reptando, saltando o nadando— se le acercaron.

—Quédese tranquilo, don Yurumí —dijo el yacaré y sacó su guitarra—. Va a ver que la música espanta las penas.

Ya estaba atardeciendo y los animales de la selva cantaron y bailaron un chamamé bajo la luz del sol que se desprendía del horizonte como pedazos de zapallo andái. De pronto, el

oso dejó de llorar, rio y los miró sorprendido. Nunca había visto un atardecer, nunca había escuchado un chamamé, nunca había bailado, nunca había estado tanto tiempo con otros.

—¿Qué le pasa? —aulló la mona.

—Así sonaba mi sueño —respondió—, y así de naranja se sentía.

Y sí, así era el sueño de Yurumí: naranja, como el atardecer en la selva, y tenía el ritmo de un chamamé.

Sin saberlo, el oso hormiguero había soñado que tenía amigos.

—Y lo bueno de la amistad es que no es como un sueño... si los amigos son verdaderos nunca termina —sentenció el yacaré entre bailecito y guitarreada.



Desde la ciencia

Hay tantos dormires...

Diego Golombek, biólogo

Universidad de San Andrés / Universidad Nacional de Quilmes.

Investigador superior del CONICET

Hay algo maravilloso que nos ocurre todas las noches cuando dormimos: de pronto, sin aviso previo, aparecen los sueños, esas historias que pueden ser geniales, divertidas o, a veces, hasta dar un poquito de miedo. Sí: todas las noches, porque, aunque a veces no los recordemos, soñamos cada vez que dormimos (¡y varias veces por noche!) En general, el sueño que recordamos es el último, el que estábamos soñando justo antes de despertarnos.

Aunque no sabemos si los animales sueñan como nosotros (les hemos preguntado muchas veces pero ¡nunca contestan!) sospechamos que sí, que, como Yurumí, en la naturaleza hay muchos sueños. Al menos, en sus cerebros suceden cosas muy parecidas a las que nos pasan a los humanos cuando dormimos. Pero... ¿será en colores y con alegría, como el sueño de Yurumí? ¿Vos qué pensás?

Algo es seguro: hay tantos dormires y sueños como animales. Están los que descansan de día, los que lo hacen de noche y los que son más irregulares con varias siestas a lo largo de las horas. Algunos duermen muy poco, como las jirafas, y otros... se la pasan en la cama, como el perezoso o el koala. Y el oso hormiguero, nuestro Yurumí, anda por las quince horas de sueño por día. Lo suficiente como para soñar atardeceres anaranjados o chamamés con amigos.

